

S.O.S.

(Pablo Tasende Rey.Nº23 1ºBacC)

El sol cegaba.Los rayos entraban tímidamente a través de los grandes edificios.Era uno de esos días en los que la ciudad parecía respirar al unísono¿saben?.El cielo estaba completamente despejado, un suave viento mecía los pocos arbolitos que había por la calle,y tan sólo se oía el entrecrujir de las ramas,así como un coche a lo lejos;lo cual no era de extrañar...con ese tiempo uno prefiere estar al fresco de la casa.Aún así,había algunas personas en la calle.Uno de ellos tenía pinta de ser el típico músico desgraciado,y a su lado pasaba una pareja haciendo footing.*Qué moral,con el calor que hace.*Por último,ataviado a la usanza de los hombres de negocios,un apurado hombrecillo que se miraba constantemente el reloj,y se rascaba frenéticamente.

Probablemente tuviese mala suerte con su herencia,ya que no era muy entrado en años, sin embargo tenía unas crecientes calvas en la zona de la nuca.No era muy alto,ni tenía ningún otro rasgo físico destacable.De todos modos,sí que pecaba de un nerviosismo aparentemente constante.Mostraba muchos tics,que se esforzaba por ocultar,¿falta de autoestima,quizás?.Probablemente fuese otro de esos jóvenes prometedores que acaban siendo absorbidos para ser un tornillo y formar parte de uno de esos grandes engranajes de la sociedad,quién sabe.¿Su nombre?No creo que sea necesario decirlo.

El caso es que para él era un día grande.Así que se dirigía a la velocidad del rayo.¿A dónde? Pues a su casa,por supuesto. Después de tantos años,por fin lo habían escogido. *Me voy de esta mugrienta ciudad,al Sol Naciente,a Tokyo.*Y no iba a echar nada en falta. *Aquí sólo hay pobreza.Ni siquiera hay megápolis como Dios manda.*Estaba casi jadeando.Ya normalmente le parecía aburrido andar de un lugar a otro,y procuraba hacerlo lo más rápido posible,pero ese día en particular le parecía que su casa estaba en la otra punta del continente.

Y con "su casa" me refiero a "el cuchitril en donde vivía".Un último piso,sin ascensor y,por supuesto mal iluminado.Abrió el portal de un empujón.Ni siquiera revisó el correo.Cual niño de seis años,saltaba las escaleras de dos en dos.Para no caer,se apoyaba en la desconchada pared.La pintura se agrietó aun más. Cayeron algunos trozos y él arrugó la cara. *Qué asco de sitio,menos mal que largo.*

Entró en casa.Algo olía a rancio.No,por supuesto que no estaba casado.Ni mantenía relaciones con nadie.*La gente de por aquí me da asco.*Dejó las llaves en el primer lugar que encontró.Llegó a su habitación,y se tumbó en la cama.Estaba repleta de libros.Le apasionaba leer,así que cogió uno de ellos,y lo abrió.A los pocos minutos se durmió.No le gustaba quedarse despierto hasta bien entrada la noche,ya que odiaba levantarse tarde.

...

No estoy feliz.¿Acaso debería estarlo?Esta sociedad sin sentido me lo ha quitado todo.He perdido años memorizando lo que ellos querían que memorizase.Diciendo de cara al público que la vida es muy bonita,pero encarcelándome luego.Poco les importaba que me marchitase.Durante años he crecido hastiado, así es que en mi madurez estoy torcido y

desviado, como un árbol al que no se le ha dado un apoyo para subir. Sí, me marchó, pero ¿de verdad mejorará mi vida? Mudarme ha sido mi sueño desde pequeño, pero nada queda ya de esa inocencia. Quizás nada tenga sentido, en este mundo en el que la gente sigue las normas que le pongan, y si tienen a otro que piense por ellos, mejor. Cada vez los humanos son más borregos, y ven lo que otros quieren que vean. Y tan preocupante son los borregos, como los lobos que los manejan. Qué asco.

En estos y otros pensamientos dieron las nueve de la mañana. Nuestro hombre se incorporó de la cama. Como de costumbre, no siguió su higiene diaria. Se fue a la estación de tren. Le gustaba tener todo hecho con tiempo, así que iba a comprar el billete para el avión.

La estación era un edificio feo. Uno de esos intentos de modernidad, que al final se traducen en impersonalidad pura, y falta de creatividad. Cuando era pequeño venía con mi abuelito a ver los trenes. Era yo tan enano como la estación, pero aquella tenía algo que esta no tiene. Algo que hemos perdido con el paso del tiempo. Por favor, esta edificación puede estar tanto aquí como en Sydney. Qué asco.

Un anodino tren llegó. Las puertas se abrieron suavemente, pero sólo salieron un par de personas y entraron otras tantas, entre ellas él. Se sentó solo. Notó un empujón que indicó que el tren comenzaba su andadura. No tenía nada que hacer, así que se dedicó a mirar por una de las ventanas. *Un paisaje deprimente. A estas alturas del año y hay unas nubes más negras que el carbón, y ayer hacía buen día. La economía se va al garete. Y a los que se enriquecen de toda esta contaminación no les importa un pimiento lo que le pueda pasar al clima.*

Salió cuando el tren anunció su destino. El panorama urbano distaba mucho del día anterior. Se dispuso a ir al aeropuerto. Diluviaba. Flotaba una especie de neblina por entre las calles, también vacías, y había pequeños remolinos de humo por las esquinas. La piedra de los edificios adquiría un tono horrible cuando se mojaba. *Un sitio ideal para ser atracado.* Desde siempre había sido muy temeroso. Anduvo mucho rato por callejuelas.

Estoy cansado, muy cansado. De todo. Antes soñaba con ser un héroe de las gestas heroicas que tanto me gustan. Tan sólo preocuparme de ganarme el pan con el brazo de la espada. Pero la realidad es triste y aburrida, y sólo soy un estúpido cobarde más. Cada día me cuesta más levantarme. Y ya ni me miro al espejo.

Llegó al aeropuerto. Tomó aire y entró. Fue como cruzar la barrera entre el Niflheim y el Muspelheim. Ya acostumbrado a la soledad de la calle, el ruido del bullicio lo golpeó como una maza. Había gente, gente por todas partes. Y ninguna se miraba a los ojos. *Es el código no escrito de los sucios "actuales". Si miras a alguien es que eres inferior a él.* Unos niños lloraban. Una señora histérica no encontraba su billete. Allí a lo lejos, uno de esos guardias simiescos abusaba de su autoridad, *como todos*, intentando quitarle la cámara al joven con el que discutía acaloradamente. *Vaya, cómo creer en la ley si los que la hacen cumplir no se saben la legislación.*

Llegó al mostrador. Una joven cabeza hueca le sonrió pícaramente y le preguntó qué quería. Él le preguntó por el precio de su billete, y pagó de buena gana. No dijo buenos días. No le gustaba lo hipócrita de esa frase. Después de pagar, se marchó.

En unos días estaría volando a Japón, en donde descubriría que su sueño era una de las otras quimeras que tiene la vida. Pulcritud. Impiedad. El individuo no importa. El grupo importa. El individuo no importa. El grupo **es** lo que importa... Y detrás de esa ciudad futurista, de promesas rotas, se escondía una realidad aún más sucia. Es como si fuese un falso cartón que se hubiese desplomado, dejando ver que tan sólo era una ilusión. Había pasado de tornillo, a tuerca.

¿Acaso creí que el cielo se tornaría verde y la tierra violácea, nada más llegar aquí? ¿Acaso creí que las cosas iban a ser diferentes? No. Estoy perdido. Esta será mi última decepción. Llevo meses trabajando para unas personas que me tratan cual escoria. Quiero huir. Huir pero no sé a dónde. La vida es un cruel engaño y nadie más debería sentirse como yo. Me siento atrapado. Creo que es hora de decir adiós.

...

Días después, sé que el dueño del edificio en donde vivía entró. Tan sólo encontró una nota que ponía "SOS", y un fajo de billetes.

¿Si se suicidó? No lo creo. Soy demasiado cobarde para eso.